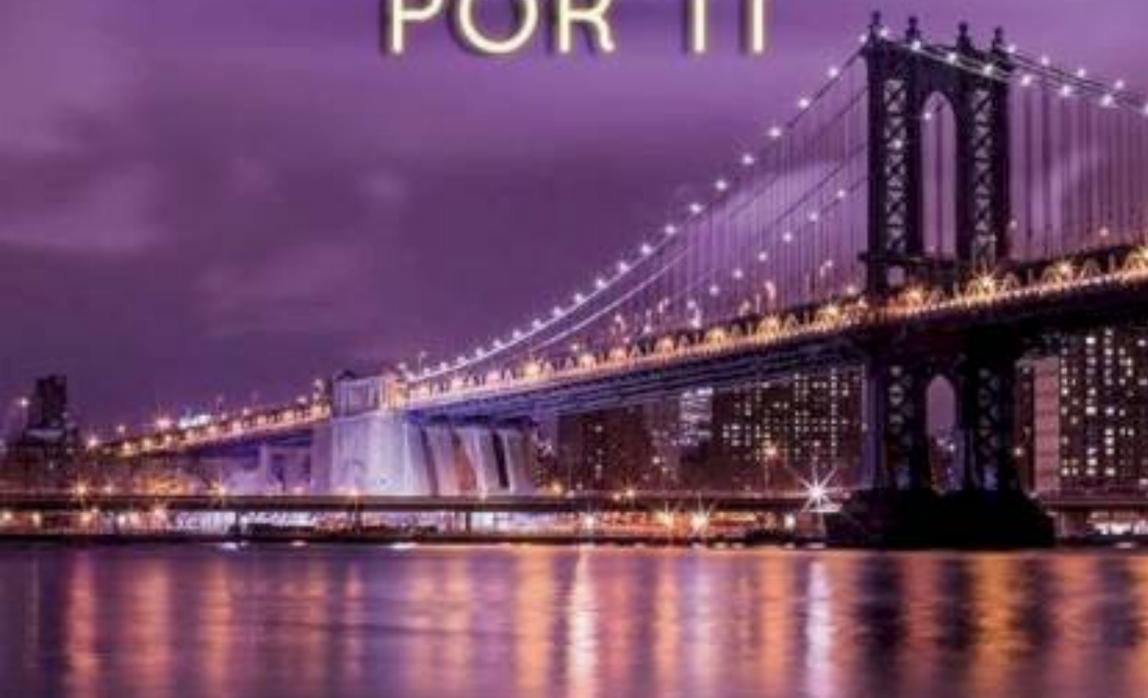


CRISTINA PRADA

TODOS
LOS CARTELES
DE NEÓN
BRILLABAN
POR TI



A Sally Berry no podría hacerle más feliz regresar a Nueva York. Todo gracias a una increíble noticia: van a producir el guion que ha escrito con su mejor amiga, Scout.

Regresar también significa reencontrarse con sus mejores amigos: Elliott, Garreth y Hudson.

Hudson Racer es el actor de moda. Guapo, atractivo y con talento. Él lo sabe y lo utiliza a su favor; es demasiado listo como para no hacerlo.

Sally siempre ha dado por sentado que Hudson la odia, pues eso es lo único que le ha dado a entender. Sin embargo, ahora tendrá que aceptar trabajar con él si quiere ver cumplidos sus sueños. Ambos tendrán que aprender a estar juntos, se harán amigos, se necesitarán... Pero algunas historias están marcadas desde la primera vez que dos personas se miran a los ojos, aunque eso ocurriera con tan solo nueve años, y quizás la suerte de Sally y Hudson ya esté echada...

Vive el amor de Sally y Hudson, el calor de cada beso, de cada gemido. Vive con ellos Nueva York, su historia, y enamórate.

Para Giuseppe. Te quiero.

1

Sally

—Sí, sí, sí —murmuro, ilusionada, mientras corro todo lo deprisa que puedo sin armar un escándalo.

Esquivo a un mensajero, a una secretaria, a dos ejecutivos. ¡Esta mañana quieren ponérmelo difícil!

—¡Ya ha llegado! —grito entrando en el despacho de Ava y cerrando la puerta tras de mí.

Ella alza la cabeza de los papeles que revisaba y clava sus ojos verdes en mí. Se levanta, arrastrando su silla por el parquet, y nos reunimos en el centro de su diminuta oficina.

—¿La has abierto?

Niego con la cabeza. Mérito no me falta; la he recibido hace treinta y dos minutos. En el taxi desde nuestro apartamento en Belltown hasta aquí, no he dejado de mirarla, mirarla y agarrarla con tanta fuerza que por un momento he temido romperla antes de llegar a leerla.

—¿Lo hacemos?

Asiento, más nerviosa de lo que he estado en mis veintisiete años. ¡Esta carta puede cambiarme la vida!

La contemplo, tomo aire y rasgo el sobre con más tesón que maña. ¡Por Dios, estoy atacada!

—Alguien debería decirle a la HBO que tendría que empezar a mandar emails en vez de cartas, ¡la intriga me está matando! ¡Sally! —se queja al ver que no soy capaz de abrir el sobre.

—Ya va, ya va —me defiendo.

Al fin logro sacar el folio. Lo desdoblo. Impaciente, Ava se coloca a mi lado y recorremos, ávidas, cada línea.

—Estimadas señoritas Berry y Smith... —empiezo a leer, veloz— les agradecemos encarecidamente que nos hayan remitido su proyecto... —Las primeras líneas son puro formalismo; parece una carta estándar—. Desde HBO queremos transmitirles nuestra intención de ampliar la cuota de producción propia... —ahora es cuando se pone interesante— y queremos ofrecerles formalmente un contrato para el desarrollo de su serie de televisión —mi voz va *in crescendo* con cada palabra que pronuncio. ¡Santo cielo, lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!

—¡Sally! —exclama, emocionada, Ava.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Las dos nos abrazamos y empezamos a dar saltitos y a chillar y a sonreír. ¡Voy a hacer una serie con la HBO!

—Tenemos que llamar a Scout —digo, separándome y sacándome el iPhone del bolso que llevo cruzado.

Ava asiente y me quita la carta, para releerla sujetándola con ambas manos, mientras yo marco el número de nuestra amiga y coautora de la serie, Scout Smith.

—¡Han dicho que sí! —grito, sin poder evitarlo, en cuanto descuelga la llamada de FaceTime.

—¿Qué?!

Me muerdo el labio inferior y comienzo a asentir. ¡Es la mejor noticia de mi vida!

—¡No me lo puedo creer! —continúa, atónita.

—¡Ni yo!

Ava me estruja entre sus brazos, estrujando también la carta, y las dos empezamos a dar botes. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¡Va a ser alucinante! —chillo.

—¡Va a ser una pasada! —me secunda Ava.

—¡Va a ser lo más! —sentencia Scout.

Las tres empezamos a gritar, creo que incluso a cantar, a bailar y, al final, acabamos estallando en risas de puro júbilo.

lo.

—Sally Berry —me llama Scout, acercándose un poco más su móvil a la cara—, ¿sabes lo que significa esto? ¡Vamos a hacer realidad nuestro sueño!

Me tomo un instante para pensar en sus palabras y una sonrisa sincera, radiante, entregada, se apodera de mis labios.

Scout y yo hemos estado casi un año escribiendo esta historia, dedicándole todo nuestro tiempo libre, comentándola en cada segundo que teníamos. Toda nuestra ilusión está en esas líneas.

—Yo no lo habría expresado mejor —asevero.

El resto de la llamada, amén de continuar cantando y bailando, la dedicamos a cerrar una infinidad de detalles; entre ellos, que será Scout quien se encargue de ponerse en contacto con las oficinas de la HBO y concretar una reunión para firmar el contrato. Yo, entretanto, tendré mucho que hacer; lo más importante, preparar las maletas y volar a Nueva York. ¡Estoy feliz!, y eso que odio volar.

* * *

—¿Has podido comprar el billete? —me pregunta Ava mientras nos acomodamos en una mesa de nuestro pub favorito, en Western Avenue, cerca del mercado de Pike Place.

Asiento antes de darle un trago a mi cerveza Red Hook helada. ¡Está riquísima!

—Saldré mañana por la mañana; con la diferencia horaria, llegaré a Nueva York a tiempo de almorzar con Scout. El viernes tenemos la firma del contrato.

Las dos volvemos a sonreír, aunque, a decir verdad, yo no he dejado de hacerlo desde que abrimos la carta esta mañana.

—No te haces una idea de cuánto me alegro por vosotras —dice, y a continuación frunce el ceño en un mohín—,

aunque no entiendo por qué no podéis grabar la serie aquí, en Seattle. Voy a echarte mucho de menos.

—Es una serie ambientada, en gran parte, en el Berlín de finales de los ochenta. Necesitamos un estudio donde recrear esos decorados y el mejor para poder hacerlo está en Jersey. Tenemos que grabar allí —le explico por decimoquinta vez desde que presentamos el proyecto en el Film Market hace cinco meses—. Y yo también voy a echarte mucho de menos —sentencio, torciendo los labios.

Ava y Scout son mis mejores amigas. Las tres nos conocimos en la Universidad en Memphis, y Ava y yo llevamos compartiendo piso desde que ambas decidimos probar suerte en Seattle al terminar los estudios. Yo, en el teatro independiente; Ava, en la gestión de *startups*. En mi caso, se suponía que iba a ser algo temporal. Seattle representaba solo una parada en mi camino, ya que, antes de poder deshacer las maletas, triunfaría como actriz y nos mudaríamos las dos a Hollywood. Sobra decir que las cosas no salieron exactamente como esperaba, aunque tampoco puedo quejarme. Vivo de mi trabajo en pequeñas obras de teatro, la mayoría de ellas bastante aceptables. Eso es más de lo que el noventa por ciento de los aspirantes a estrellas de cine pueden decir. Aunque, de todas formas, las cosas ya están empezando a cambiar. ¡Ya han cambiado! La HBO ha producido alguna de las series más importantes de la historia de la televisión: «Juego de tronos», «Sexo en Nueva York», «Los Soprano»... y ahora nos toca a nosotras.

—Prométeme que vendréis a verme cuando lo petéis.

—No lo dudes —replico a la velocidad del rayo—, así que no alquiles mi habitación.

Ava le da un trago a su cóctel, sosteniendo su cañita rosa fucsia solo con los labios.

—Olvídate de eso —contesta, negando también con las manos—. Ya he puesto un anuncio en el periódico: mujer blanca, soltera, busca a hombre guapo, atractivo, romántico, un as en la cama y otro as fuera de ella, que ponga la-

vadoras y a quien no le asusten pequeños retos diarios como comprar tampones en el súper. Lo de as en la cama va en serio, se pedirán referencias.

Asiento, sopesando sus palabras.

—Un anuncio muy completo.

Ahora la que asiente es ella.

—Mejor ser exigente.

—Deberías haber empezado por ahí —contraataco—: mujer blanca, soltera y exigente.

—Tengo que dejar algo a la imaginación, ¿no?

Nos miramos un solo segundo a los ojos y las dos nos echamos a reír. Espero que, si algún pobre incauto contesta al anuncio, sea un hombre de armas tomar, como ella.

—¿Crees que va a resultarte raro volver a Nueva York?

Mi sonrisa se transforma en una más suave y me encojo de hombros.

—Nueva York significa muchas cosas para mí. —A falta de una respuesta más sencilla, decido soltar todo lo que estoy pensando, todo lo que llevo pensando desde que creamos el proyecto y existió la posibilidad de regresar—. Nací en Brooklyn, me crie allí. Mi madre y mi abuela aún viven allí. No me asusta volver. Solo espero que no sea complicado.

Mi padre biológico desapareció algo así como dos segundos después de enterarse de que iba a tener un bebé, así que solo estábamos mi madre, mi abuela y yo, las chicas Berry. En mi primer cumpleaños, mi madre conoció a Bryan, el mejor hombre del mundo. Un año después se casaron y nos mudamos a Memphis. Bryan se convirtió también en mi familia y creo que me tocó la lotería, porque no podría tener un padre mejor.

Siete años después decidieron divorciarse de mutuo acuerdo y regresamos a Nueva York con mi abuela. El cambio fue duro para mí; echaba de menos mi casa, mis amigos y a Bryan, y estoy segura de que a mi madre le pasaba

lo mismo. Sin embargo, mi segundo día de vuelta en Brooklyn conocí a Garreth y a los chicos, y todo cambio.

Garreth y yo nos hicimos inseparables. Ni siquiera recuerdo en qué momento dejamos de ser solo amigos para ser amigos-novios. Fue mi primer amor, mi primer cigarrillo a escondidas, muchas de mis primeras veces. Hubo un tiempo en que pensé que nos casaríamos y seríamos felices para siempre, pero entonces, en mi decimoséptimo cumpleaños, todo lo que parecía sencillo se complicó, y yo nunca había llorado tanto en toda mi vida.

—Vas a estar bien —asegura Ava, sacándome de mi ensoñación. Asiento, tratando de recuperar el hilo—. Vas a echarnos de menos a esta maravillosa ciudad y a mí, pero es de lo más comprensible.

Sonrío.

—Tienes razón —contesto, e imita mi gesto en sus labios, satisfecha—. Voy a echar mucho de menos Seattle... y toda la Costa Oeste en general.

Ava abre la boca, indignadísima, y yo rompo a reír, encantada con mi propia broma.

—Serás perra —se queja ella, lanzándome una servilleta de cóctel hecha una bola, pero no me importa, porque estoy muriendo de risa.

Regresamos a casa a una hora completamente indecente y con un número de Red Hooks en el cuerpo también muy poco decente.

* * *

A la mañana siguiente me levanto muy temprano y muy inquieta. Después de darme una ducha, termino de meter un par de cosas en la maleta y reviso los emails. Delante del espejo, me retoco mi pelo, castaño, y tomo aire, con mis ojos marrones clavados en mi reflejo. Estoy lista. Nueva York no me asusta. Volver a ver a Garreth no me asusta. Suspiro de nuevo y sonrío. Puedo enfrentare a cualquier cosa.

Además, ¿cuántas posibilidades hay de que el avión tenga un fallo de motor y se estrelle? La sonrisa de seguridad se transforma en una risilla histérica de puro miedo. Odio volar.

—Estar de los nervios es lógico —digo en voz alta tratando de tranquilizarme.

Salgo del baño, me ajusto mi cazadora perfecta negra sobre mi blusa de color vainilla, combinada con unos vaqueros rotos y mis Converse, y abandono mi apartamento tirando de mi desvencijada maleta. Nueva York, allá vamos.

* * *

—¡Sally!

Me pongo de puntillas y miro a mi alrededor. La terminal cuatro del aeropuerto de La Guardia está abarrotada.

—¡Sally! —repite, pero no consigo verla... hasta que al fin lo hago.

—¡Mamá! —la saludo con una sonrisa.

Nos abrazamos con fuerza. Tengo una madre genial.

—¿Qué tal el vuelo? —inquiere, separándose.

—Bien.

Me sujeta de los hombros y me observa de arriba abajo.

—Estás preciosa, cariño.

Pongo los ojos en blanco al tiempo que me ruborizo. Nunca he llevado muy bien los halagos. Sé que no casa con lo que todo el mundo se imagina que es una actriz, aunque lo cierto es que Marlon Brando pensaba de sí mismo que era feo y Robert Redford odia mirarse en los espejos.

—Déjate de tonterías, mamá —me defiendo.

—No son tonterías.

Tuerzo los labios en un silencioso «para, por favor» y ella sonrío, echando la cabeza hacia atrás y con ella su preciosa melena castaña, llamando la atención de algún que otro hombre.

—¿Me llevas a casa?

—Claro que sí —responde, deslizando su brazo por mis hombros y haciendo que las dos echemos a andar.

—¿Qué tal está Ava? —me pregunta, alzando la voz.

Estamos en abril, pero la temperatura es de lo más agradable y ha bajado la capota de tela de su Volkswagen Golf, un clásico de los noventa. Además, tenemos puesta la radio.

—Muy bien —contesto casi en un grito—. Hace unos meses la ascendieron a jefa de departamento en su empresa.

—¡Eso es fantástico!

Asiento. Lo es.

—Pero, bueno —continúa, ávida de información—, cuéntame más de tu proyecto. ¡La HBO! —chilla, emocionada, desviando la vista de la calzada para mirarme.

Sonrío, feliz.

—Creo que sigo sin poder creérmelo del todo.

—Pues deberías. Eres muy buena en tu trabajo.

Se avecina otro aluvión de halagos demasiado cerca del primero.

—Mamá... —la freno.

—De mamá, nada —me interrumpe—. ¿Te haces una idea de lo orgullosa que estoy de ti?

—Puedo imaginarlo —respondo, impertinente y divertida.

Esa es mi mejor arma: la insolencia y un humor bastante sarcástico con el que sacarle punta a todo.

Mi madre me mira con un mohín en los labios.

—A veces me cuesta recordar que Bryan no es tu padre biológico; os parecéis demasiado, ¿sabes?

Sonrío enseñándole todos los dientes como respuesta. Adoro a Bryan. Para mí es mi padre y yo soy su hija, y sé que mi madre también adora que sea precisamente así, da igual que estén divorciados.

—¿Y estás nerviosa?

—Un poco —contesto, restándole importancia—. Lo normal, supongo.

—No pasa nada por estarlo.

—Lo sé.

—Lo extraño sería que no lo estuvieras.

Algo en su tono de voz cambia y ladeo la cabeza para mirarla. Creo que ya no estamos hablando de la HBO. El siguiente puñado de segundos guardo silencio, reflexionando.

—Puede que pensar en volver a ver a Garreth influya en esos nervios —admito al fin.

Mi madre asiente un par de veces.

—¿Quieres verlo?

¿Quiero verlo? Qué gran pregunta y qué difícil de responder, maldita sea. En Seattle, con la cómoda barrera de más de dos mil trescientas millas entre los dos, habría dicho que sí sin dudar. Ahora... ahora ni siquiera sé qué debería querer.

—No lo sé. Me gustaría saber cómo está y todo eso. Quizá, saludarlo. —De pronto pienso en todo lo que vendría acompañado de ese gesto, tenerlo delante de nuevo, frente a mí, después de diez años. Suena demasiado... complicado—. No lo sé —repito al fin.

—Pues, si quieres que te dé mi opinión, creo que lo tienes completamente superado. Fue muy duro para ti, pero conseguiste dejarlo atrás y yo no podría estar más orgullosa de ti.

La miro y sonrío, aunque el gesto no me llega a los ojos. Las cosas no terminaron como yo hubiese querido... Por Dios, estaba tan enamorada de él.

—Gracias, mamá.

Ella me observa con una sonrisa por respuesta. Al darse cuenta del lamentable estado de la mía, sube la música y empieza a cantar el *Coming home*, de Sigma y Rita Ora.

—Canta conmigo —me anima.

Niego con la cabeza.

—Mejor no.

—Vamos —insiste, casi ofendida porque no la siga—. Soy tu madre.

—Ahora mismo no lo pareces.

Comienza a cantar todavía más fuerte y, cuando llega el estribillo, no tengo más remedio que unirme y las dos acabamos echándonos a reír mientras nuestro clásico de los noventa toma la entrada a Manhattan desde la I-95 Norte.

Mi madre detiene el coche en mitad de la calle 14 Este, frente al edificio de mi abuela, en el sur de Brooklyn y a solo unas manzanas de Coney Island.

—La abuela llegará para cenar —me explica mientras empuja la desvencijada puerta de casa—. Ahora está en su partida de bingo en el centro comunitario.

Las dos sonreímos.

Cojo mi maleta, la arrastro por todo el piso hasta llegar al final del pasillo y, al mirar a la derecha, ahí está: mi habitación. Tomo aire antes de empujar la puerta y mi sonrisa se ensancha al comprobar que todo sigue exactamente igual que cuando me marché hace diez años.

Entro y empiezo a observar cada detalle, cada pequeño adorno. Sonrío de nuevo al ver mi póster de *Songs about Jane*, de Maroon 5, la pequeña figurita de Peter Pan que me regalaron los chicos... y, cuando la ventana entra en mi campo de visión, el sentimiento se transforma en algo confuso. Sería imposible contar todas las veces que Garreth se coló por ella. El recuerdo vuelve a cambiar y me sumerjo en la noche de mi decimoséptimo cumpleaños...

—¡Sally! —me llama mi madre desde el salón, sacándome de mi ensoñación—. Han venido a verte.

Frunzo el ceño. ¿Quién podrá ser? Pero entonces comprendo exactamente quién me está esperando y salgo disparada.

—¡Scout! —grito al verla de espaldas, charlando con mi madre.

—¡Compi-trueno! —responde, imitando al oso de la peli *Ted*.

Nos fundimos en un sentido abrazo. Era la persona a la que más ganas tenía de abrazar desde que abrí la carta de la HBO.

—Me moría por verte...

Ella me estrecha aún más entre sus brazos.

—No me puedo creer que lo hayamos conseguido —se sincera.

—Yo tampoco —contesto y, antes de que ninguna de las dos pueda decir nada más, rompemos a reír, nerviosas y felices.

Mi madre sonrío con ternura, observándonos.

—Vámonos —me pide, separándose, agarrándose de la mano y tirando de mí—, tengo muchas cosas que enseñarte.

—Pero si acabo de llegar y...

—No le importa, ¿verdad, señora Berry? —me interrumpo.

Mi madre me mira y me encojo de hombros.

—Cenaremos juntas —le prometo.

Lo piensa un instante.

—Está bien —claudica al fin, con una sonrisa—. Largaos de aquí.

—Adiós, mamá.

—Adiós, señora Berry.

Salimos del apartamento y bajamos a toda velocidad.

—Quiero contarte algo —me anuncia cruzando la puerta del edificio, descendiendo los cuatro escalones que lo separan de la acera y girando sobre sus pies para tenerme de cara—. Estoy saliendo con alguien.

Abro la boca, sorprendidísima.

—¡Eso es estupendo! —respondo, bajando los escalones.

—Y tú lo conoces —continúa con una sonrisa, observando mi reacción.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿A quién conozco?

—Ya se te han olvidado los amigos, Sally-Sally —oigo a mi espalda.

Esa voz.

Me giro y veo a Elliot en mitad de mi acera, contemplándome con sus ojos verdes, sonriendo.

—¿Elliot? —murmuro.

¡Es maravilloso! ¡No me lo puedo creer!

—¡Elliot! —grito, saliendo de esta especie de estado de *shock* y corriendo hacia él. ¡Es Elliot!

Me estrecha entre sus brazos y me siento como si volviese a tener nueve años y acabase de llegar a esta misma calle.

—Me alegro mucho de verte —dice, besándome con ternura en el hombro y apretándome un poco más.

—Y yo a ti.

Cuando nos mudamos aquí, Garreth fue la primera persona a la que vi y Elliot, la segunda, y desde aquel preciso instante se convirtió en una de las personas más importantes de mi vida. No nos separamos ni un solo día durante los ocho años siguientes.

—¿Por qué no vamos a casa? —propone, separándose y extendiendo el brazo para que Scout se dirija hacia él—. Nos tomaremos algo y nos pondremos al día. Tenemos mucho que contarnos —añade con una sonrisa.

Las dos asentimos y echamos a andar. Elliot sigue viviendo en la misma casa en la que lo hacía cuando éramos críos, en mi misma calle. Me encanta que algunas cosas nunca cambien.

* * *

—Está increíble —comento, completamente alucinada, mirando a mi alrededor.